

Comunismo y miedo¹.

Thierry Maulnier es un crítico político, casi un filósofo político, bastante conocido entre nosotros hace ya algunos años por su libro "Más allá del nacionalismo" que tuvo además una fuerte repercusión en determinados círculos argentinos. Maulnier, formado en la escuela de Charles Maurras de la que posteriormente se separó en forma radical, ha proseguido sus meditaciones políticas con tal vigor y honradez, que aún en los años difíciles de la guerra mundial y en esta postguerra, supo promover siempre el máximo respeto de sus adversarios. Entre sus múltiples ensayos, son también recordables "Conscience et violence" y "Le marxisme".

El último libro de Maulnier publicado en español, "Comunismo y miedo" (el título original es "La face de Meduse du comunisme"), aborda con acerada eficacia algunos de los problemas que suscita la revolución comunista contemporánea. Lógicamente, y es en cierto modo su virtud y vicio, este libro está demasiado animado por el demonio de la polémica. La polémica da intensidad al diálogo, le hace más incisivo, pero es a la vez una tentación de retórica, que con las frases busca más propinar brillantes "golpes de mano" que dar una argumentación proseguida sin desmayo hasta sus últimas consecuencias. Es así como muchas veces el libro de Maulnier oscila entre ser el alegato de un fiscal de crimen, en el que lo importante fuera el rol del acusador, o ser una exposición razonable, en la que lo vital fuera atenerse al problema en sí mismo. En realidad, cabe reconocer, se trata de cosas en las que el hombre actual está tan radicalmente comprometido como para que nadie pueda instalarse en una perspectiva pacífica y objetiva. Además su condición de militancia no va en desmedro de sus valores objetivos, que los tiene pues bien se sabe que una objetividad pura y neutra es una perfecta y deplorable mistificación.

Obra de militante, el libro, aunque defienda con acierto el derecho de no tener razón, es casi un libro de guerra. Es un inteligente alegato anticomunista. Pero se trata aquí de guerra fría pues el escribir libros aún en una forma real de mantener y de respetar de algún modo el libre arbitrio y el físico del interlocutor. Aunque Maulnier se guarde de mencionar ningún interlocutor concreto, lo hay, y muchos de sus argumentos están ordenados a la refutación de actitudes bien determinadas. Parece que tales personajes invisibles pudieran individualizarse en J. P. Sartre y Merleau Ponty, en especial este último que en su magnífico ensayo "Humanisme et Terreur" sostiene tesis diametralmente contradictorias con las de Maulnier. El problema fundamental a que se abocan ambos autores es el de la significación del terror revolucionario. ¿Qué es el terror? ¿Hacia dónde conduce? ¿Es constitutivo de la historia o es solo un acontecimiento patológico, un accidente?

La tesis de Maulnier es sumamente interesante, y vale la pena exponerla sintéticamente, aunque no está exenta de ambigüedades que no podremos entrar a considerar. Maulnier cree que el terror no es consustancial a la historia del hombre, que hay períodos de tranquilidad en que el terror se repliega a recónditos rincones del alma y de la colectividad humana. Pero algo hay en el hombre que se siente atraído por el terror y la violencia consiguiente. El terror espanta y seduce, es ambivalente. Ahora bien, "toda sociedad como todo individuo se siente culpable y efectivamente lo es". Nadie está exento de la injusticia. Nadie puede tener buena consciencia, y por ello el que delata el mal puede ser resultar tan intolerable como el que explota y oprime;

¹ El Nacional nro.15, 14 de octubre de 1953

la mala consciencia está subyacente de todo acto de fanatismo. "El terror es la anulación del contradictor. Matando a mi adversario acallo el dialogar y elimino las posibilidades de verme perturbado por un parangón con el juicio adverso. Mato el juicio adverso en tanto que jaquea mi propio juicio. Y lo mato asimismo en la medida en que es para mí el último medio de reducirlo". El terror "es la lucha de consciencias llevada a su forma extrema", que se augura ya en la incapacidad de dialogar. Silenciar al otro es silenciar mi consciencia. Es así que "raíces profundas del sadismo están más allá de la sexualidad". El terror es entonces un modo de purificación; la sociedad pide también purificarse de sus culpas, y aquí la penitencia y la ascesis son la revolución. La revolución aparece entonces como un "llamamiento al mito de la destrucción, al inmemorial sueño humano de tomar venganza del insatisfactorio orden del mundo". He aquí como el terror, la muerte, la purificación, el resentimiento, la nostalgia del orden están intrínsecamente propuestas en el acto revolucionario. "Porque la Revolución saca su alimento de las fuentes terribles de lo Sagrado y porque es la forma moderna, la forma "progresista" del sacrificio humano". Más que su contenido racional, es la fascinación de su mitología lo que hace el éxito de la revolución. "El terror es la poesía de las revoluciones". "No es –no es solamente- la herramienta de la Revolución, es su ritual de conjuración y purificación la pompa litúrgica, de oficio y el Misterio". Cuando la muerte arrebate a sus culpables, todos seremos inocentes". "La Revolución es, simultáneamente, el Dios con su rostro de implacable justicia y de esperanza, el Destino, con su rostro de fatalidad, la Iglesia con sus servidores, su disciplina, sus penitencias y sus excomuniones, la Fiesta que se ofrece a la divinidad con su carácter explosivo y redentor, su destrucción de riquezas acumuladas, su alegría dionisiaca, su doble carácter destructor y germinador. Ella, en fin, es la Muerte, porque la Muerte está siempre presente con su irradiación unas veces visible y otras invisible, pero siempre continúa en el centro de todo pensamiento religioso. No hay Revolución si no hay Muerte. La Revolución sin la muerte no es sino un "reformismo" administrativo, privado de calorías exaltantes. La Revolución sin la muerte deja de ser sagrada".

La interpretación que Maulnier hace luego del contra-terror, de la contrarrevolución fascista es brillante. Se deduce, o mejor, se ve con facilidad, que la revolución está asociada para el burgués con su muerte. Y la sociedad burguesa con sus formas de vida no deja lugar a la función poética y trágica del hombre. Los héroes del mundo burgués no son burgueses. Ya sea el gangster, el poeta maldito, el "fauve", etc. El burgués, uno constata esto a diario, se aburre de la tranquilidad y la banalidad de su propia existencia. Se hastía de su propia seguridad. Pero tiene un miedo irrefrenable de perderla. Por ello el comunismo lo ha hipnotizado. ¿No se vibra acaso con los films de la época heroica del cine ruso? De ahí surge el remedio simiesco de la revolución que fue el fascismo. El burgués asumió los mitos antiburgueses, y jugó él también a la revolución, pero por miedo, y contra la revolución. Se ponía fin así a un complejo de inferioridad en relación a la vanguardia proletaria. El burgués también sabía ser águila, también se sacrificaba y se ponía a la vanguardia. Entonces el juego era, se pretendía, de igual a igual, pues era una revolución contra otra revolución.

Para terminar cabe señalar la utilidad del ensayo de Maulnier para entender nuestra propia realidad. Todos pueden percibir como nuestro cuerpo social ha comenzado a rigidizarse, como se expande una aversión al diálogo y un fanatismo hasta ahora latente comienza a asomar por doquier. Es que cada vez más se ahonda la escisión entre la realidad y las normatividades que nos rigen, y entonces la norma deja de ser tal para reducirse cada vez más a pura coactividad.

La coacción es el último resto de la norma. Se repite de continuo, como para aturdirnos, que el Uruguay es el país más feliz del mundo. Se repite igual que el niño que canta en un corredor oscuro porque tiene miedo. Además, decir que somos felices ¿no implica decir que aquel que ose denunciar algún mal, algún mal esencial, es un falsario, un perverso radical que no soporta el tributo del bien? Los que hoy cantan nuestra felicidad y aplacan su consciencia, mañana serán quizás verdugos. El libro de Maulnier es una buena advertencia.